



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Una ternura que se manifiesta

Navidad/Epifanía son dos caras de la misma moneda: el Verbo se hizo carne. Fueron instituidas en el siglo IV en un intento de erradicar los últimos brotes del paganismo. El 25 de diciembre se celebraba el solsticio de invierno en Roma. El 6 de enero en Arabia y Egipto. La introducción del nacimiento de Jesús en la Ciudad Eterna, coincidió con la construcción de la Basílica de San Pedro en la colina del Vaticano.

Este pequeño monte, al que subía el pueblo romano para celebrar la fiesta pagana del *Sol invictus*, fue elegido para celebrar a quien, gracias a la ternura y misericordia de Dios, viene a este mundo, como sol que nace de lo alto, *“para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte para guiar nuestros pasos por el camino de la paz”* (Lc 1, 79); como cada mañana recordamos y celebramos en las Laudes matutinas, cuando iniciamos la novedad del día que nace, a fin de que lo vivamos con la frescura de la Navidad.

Evolución de la solemnidad

La Epifanía, en la liturgia romana, pasó a ser la fiesta de la adoración de los **“Reyes Magos”**. Sólo la Iglesia de Jerusalén celebra la Natividad del Señor el 6 de enero con la adoración de los pastores y la visita de los magos. En Egipto se unió a la Epifanía la conmemoración del Bautismo de Jesús. Epifanio de Salamina añade, a los hechos ya citados, el recuerdo del milagro de las bodas de Caná. Así lo recoge la antífona del Benedictus de este día al afirmar que:

«Hoy la Iglesia se ha unido a su celestial Esposo, porque en el Jordán Cristo la purifica de sus pecados; los magos acuden con regalos a las bodas del Rey y los invitados se alegran por el agua convertida en vino».

Es un misterio que da una dimensión nupcial a nuestra vida cristiana, y con esta clave hay que saborearla y vivirla.

Magos que vienen de Oriente



Es difícil decir quiénes fueron estos *“Reyes Magos”*. Vienen de Oriente que era considerado como la fuente del saber. Su historia comienza con la aparición de *“una luz en la noche”*. La divisaron, **dieron sentido** a lo que contemplaban, y partieron en busca de ese Dios que **“brillaba en las tinieblas como una luz** (sl. 111/112,4). Es el camino a seguir para todos aquellos que buscan a Cristo. Lo recoge poéticamente el himno *Quicumque Christum quæritis* de Laudes obra de Prudencio. De este modo se nos dice, que **somos viajeros que vamos tras de una pequeña luz que ha brillado en el cielo de nuestra vida.**

El sentido teológico-litúrgico de lo celebrado

Después de seguir a los pastores, en la noche de Navidad, que fueron a adorar al Niño en Belén, hoy estamos invitados a secundar a los Magos en su deseo de ver al Rey de los Judíos; es decir: a moverse, a diferencia de Herodes y los escribas de Jerusalén.

La estrella les iluminó el camino. Elredo de Rieval, un monje cisterciense del s.XII, en un sermón que pronunció el día de la Epifanía, compara la Palabra de Dios con una estrella que nos guía a Cristo:

“Así, bajo la guía del evangelio de la paz, como guiados y precedidos por una estrella, recorriendo los senderos que conducen a Cristo, sin duda llegarás a él para adorarlo”.

Esta es nuestra vocación; una llamada al amor, y ésta comienza con la adoración.

La adoración es una de las actitudes fundamentales en la relación del hombre con Dios. Por medio de ella, sentimos ante Él nuestra pobreza de criatura y la indignidad de la que nos revestimos a causa de nuestro pecado, a la vez que surge una admiración profunda por la infinita grandeza y santidad del Todopoderoso.

San León Magno comentará:

“Sepamos reconocer en los Magos adoradores de Cristo, las primicias de nuestra adoración y de nuestra fe” (Serm 32).

El Papa Francisco afirmará:

“Adorar es guardar silencio ante la Palabra divina, para aprender a decir palabras...que consuelan”; de este modo, y por este **“camino”**, hacemos realidad en nuestra vida la invitación del profeta Isaías (40,1-2) tal como lo hemos escuchado en el pasado Adviento.

El significado profundo de la Epifanía/Navidad es la Pascua. A la luz del misterio pascual de Cristo, se conciben los demás pasajes evangélicos que se van celebrando en un *“hoy”* litúrgico a través del tiempo. El Niño Jesús que nació en un contexto precario y sujeto a un fuerte rechazo, anticipa lo que será su pasión. Esto hace que la Epifanía esté llena de signos concebidos como preparatorios del acontecimiento pascual; el más célebre es, quizás, la mirra que se ofrece y que viene a ser una clara alusión a su muerte en la cruz.





Orando en la escuela de los salmos

Sal 71, 2. 7-8. 10-11. 12-13

Dios mío, confía tu juicio al rey,
tu justicia al hijo de reyes:
para que rija a tu pueblo con justicia,
a tus humildes con rectitud.

**Que en sus días florezca la justicia
y la paz hasta que falte la luna
que domine de mar a mar,
del Gran Río al confín de la tierra.
Los reyes de Tarsis y de las islas
le paguen tributos.**

**Los reyes de Sabá y de Arabia
le ofrezcan sus dones;
póstranse ante él todos los reyes,
y sírvanle todos los pueblos.**

**El libraré al pobre que clamaba,
al afligido que no tenía protector;
él se apiadará del pobre y del indigente,
y salvará la vida de los pobres.**

El Salmo 72 (71) es una letanía que celebra al rey del pueblo judío, posiblemente en el día de su coronación o de su aniversario. En esta plegaria responsorial, se ilustran los derechos y deberes de quienes están llamados a gobernar, siguiendo el camino del sabio rey Salomón. La entronización de un nuevo soberano legítimo, alimenta la esperanza de una buena gobernanza en la que se implementará

la justicia dada por Dios, es decir: sobre todo se defenderá a los débiles, se ayudará a los pobres y se liberará a los oprimidos. Se le llama el salmo divino.

Las fuerzas hostiles, las que deshumanizan, serán derrotadas y, desde todos los rincones del mundo conocido, de dos en dos -de mar como los de las islas y Tarsis, y de tierra como los reyes de Arabia y Saba- ofrecerán el tributo debido a un universal soberano que todo lo renueva: la postración en su presencia. La prioridad de este soberano será salvar las preciosas vidas de los pobres. Con los salmos 2; 89; 110; el 71 (72) constituye la tetralogía clásica de los llamados reales releídos en clave mesiánica por la tradición judía y cristiana. Así lo hacen los rabinos, y los cristianos saboreamos en él el misterio de la obra redentora de Cristo.

San Agustín llama a Jesús "*admirable cantor de los salmos*". Cuando el Señor los oraba, musitándolos, proyectaba sobre ellos una luz nueva que los hacía brillar con un nuevo resplandor. En ellos vemos reflejado al deseado de todos los pueblos.

Por eso la vida espiritual no es, en primer lugar, una adquisición, mediante el esfuerzo, de virtudes o de valores que no teníamos. La vida espiritual es dejarse conformar por una Persona, un Nombre, un Rostro que se apiada y salva.

El Hijo de Dios, con su nacimiento, inicia la tarea que este salmo, en clave orante, recoge. El pondrá, por medio de su misterio pascual, en paz todas las cosas gracias al perdón de los pecados que se llevará a cabo en el Gólgota, el Moria eterno (Gn 22). Sin tener parte en la sangre del Cordero inocente no hay paz, no existe la visión de paz, no existe la Jerusalén de paz según el corazón de Dios (Ap 21,2ss).



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Epifanía del Señor "B"

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



L ¡Levántate y resplandece, Jerusalén, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor y su gloria se verá sobre ti. Caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora. Levanta la vista en torno, mira: todos esos se han reunido, vienen hacia ti; llegan tus hijos desde lejos, a tus hijas las traen en brazos. Te cubrirá una multitud de camellos, dromedarios de Madián y de Efá. Todos los de Saba llegan trayendo oro e incienso, y proclaman las alabanzas del Señor.